

Reyes Mate: *Justicia de las víctimas. Terrorismo, memoria, reconciliación.* Barcelona

2008: Anthropos. ISBN 978-84-7658-864-2, págs.

(Aparecida en la *Revista Concordia*, 2009, en alemán)

El estatuto de la víctima enciende reiteradamente en el espacio público apasionadas polémicas. Esto demuestra que el consenso político-moral en el que se basa la concesión de tal estatuto es menos estable de lo que se supone. En todo caso, es significativo que en las discusiones en torno a las víctimas éstas no suelen estar presentes como *sujetos* del discurso. El tema de tales debates suele ser más bien el *trato* “justo” o adecuado *con ellas* – pensemos en el ejemplo de las reparaciones económicas a los que sufrieron el terror nazi en el caso de Alemania. Pero de esta forma se pierde algo sustancial en el debate: el respeto absoluto ante el sufrimiento de la víctima, que pensadores como Adorno aún intentaron integrar en la filosofía. ¿Qué significa en realidad para una sociedad tomar en serio a sus víctimas, más allá de los intentos de apropiación por parte de partidos políticos y otras organizaciones?

Reyes Mate indaga en esta pregunta en su libro *Justicia de las víctimas* para modular los contornos de una figura cuya relevancia debería ser indiscutible considerando la historia de violencia del siglo XX. Los testimonios de supervivientes del Holocausto como Primo Levi y Jean Améry han contribuido a tal relevancia igual que teóricos como Giorgio Agamben. Así y todo, la exploración de las implicaciones éticas del discurso sobre las víctimas y sus consecuencias para la praxis social forman todavía una tarea pendiente de la investigación filosófica.

Efectivamente se entra aquí en un terreno minado: si tal como el autor afirma no todo sujeto que sufre es víctima, ¿cómo delimitar su definición? Tenemos que reconocer que más allá de nuestra obligación moral a la compasión con el sufrimiento del otro, no todo sufrimiento tiene el mismo significado. Reyes Mate da una negativa clara y éticamente fundada al relativismo: es víctima aquél a quien se le ha causado un sufrimiento injustificado. Para esta definición, la *inocencia* de la víctima es, en el marco de la experiencia de la injusticia sufrida, no menos que decisiva. No cabe duda, además, de que esta inocencia hace a la víctima propensa a las instrumentalizaciones por parte del discurso político. La necesidad de una reflexión que tenga en cuenta esta fragilidad se hizo palpable ya en 2002, cuando el historiador Jörg Friedrich, en su libro sobre el bombardeo de las ciudades alemanas por parte de los aliados, desató una intensa discusión acerca del posible estatuto de víctima de la población alemana en el Tercer Reich.

Reyes Mate se acerca a la cuestión de la víctima de manera más cuidadosa y con la reserva adecuada a la temática – aunque con una tesis de partida consistente y de gran alcance. El

autor habla de una nueva *visibilidad* de las víctimas, que están saliendo del tradicional abandono en el que habían sido mantenidos tanto por la sociedad como por el discurso filosófico. Este cambio perceptivo es reforzado cuando Mate pone en el centro de su atención en el primer capítulo la “significación de las víctimas” desde una perspectiva filosófica. De este modo reivindica una figura cuya actualidad es palpable en los debates morales contemporáneos a partir de la confrontación de historiadores, filósofos morales y escritores con el Holocausto. Una figura cuya consistencia, sin embargo y como ya hemos apuntado, no ha sido reconocida siempre suficientemente en las articulaciones teóricas de la misma. *Justicia de las víctimas* no solamente reclama justicia *para* las víctimas, sino que en primer lugar intenta instaurar a la justicia *de* las víctimas como exigencia frente la sociedad civil.

Ahora bien, el referente histórico de la reflexión de Mate no es el Holocausto como en la inmensa mayoría de las teorizaciones occidentales. El autor, profundo conocedor de los debates éticos en torno al Holocausto y participante en los mismos, describe la importancia de la víctima desde una perspectiva muy inusual – al menos para su lectora alemana. A pesar de que el posicionamiento teórico que Mate despliega en la primera parte de este pequeño libro se escribe (por así decirlo) desde Auschwitz, no se concentra en el Holocausto: son las víctimas de ETA las que aquí están en cuestión. 40 años de terrorismo, más de 1000 asesinados, incontables heridos, amenazados bajo protección policial y un sistema elaborado de extorsiones – un balance aún por concluir que en el resto de Europa es visto con estupor como un anacronismo brutal – han dejado huellas profundas en la sociedad vasca. Fracturas del resentimiento, pero también una extendida indiferencia.

En este horizonte hay que referir el surgimiento político-social en 2006 de un clima de esperanza, al calor del cual se produjeron los materiales que integran el presente volumen. Se trata de documentos en los que se expresa un contexto de cambio en el que parecen respirarse nuevos aires y que, en cambio, vistos en retrospectiva, pueden llegar a afligir. Pues leídos a través de la retícula del tiempo pasado, nos confrontan con el fracaso de las esperanzas – pero a la vez también con aquello que una vez pareció ser posible. El texto de Mate – una obra en absoluto monológica, lo cual no solamente habla de las cualidades del autor, sino también quizá de ese tiempo especial – fue escrito efectivamente ante el trasfondo de la última gran tregua de 2006, interrumpida por ETA en el verano de 2007. En contraste con las otras dos treguas anteriores en 1989 y 1998, el autor le reconoce una cualidad fundamentalmente diferente, ubicable en el “descubrimiento” de las víctimas, quienes hasta ese momento tuvieron que mantener su dolor en privado. Aparte de los funerales de los asesinados con representación estatal no hubo según Mate ningún espacio público para su presencia. El

desprecio o la instrumentalización fueron durante décadas las opciones corrientes. Según el autor, esta ignorancia se puede atribuir a dos convicciones colectivas fundamentales: toda amnistía se basaría de manera decisiva en la concepción de la política como siendo “de los seres vivos”. Además, la fe social en el progreso parte de la convicción de que la historia tiene su precio, “un costo humano y social”, y lo exige a través de sus víctimas: el olvido siempre fue medicina curativa para la modernidad. Si las víctimas experimentan ahora una consideración diferenciada, Mate lo adscribe a un nuevo concepto de la memoria que presta más atención a lo marginal y que deriva un imperativo para el recuerdo de la experiencia de las guerras mundiales y del proyecto frustrado de la modernidad. No se puede formular el progreso a costa de las víctimas. La “nueva política” está en la responsabilidad frente a la memoria. Porque aun si la memoria abre heridas (como suele reprochar la derecha española a las iniciativas de confrontación política y simbólica con la guerra civil y la dictadura de Franco), ello no es más que el comienzo de un proceso que debería terminar en la reconciliación.

Para no degradar los derechos humanos a una idea abstracta y para convertir la culpabilidad moral en responsabilidad política, hace falta más que la simple aplicación de la ley mediante la autoridad legislativa – en este caso, la persecución y condena de los terroristas. Se trata de confrontarse con la cuestión que constituye el hilo conductor de toda la argumentación de Mate: ¿qué significa hacer justicia a las víctimas? Ellas mismas no pueden ni concederla ni prescribirla. La cuestión es que se haga justicia. En este contexto aparece en el libro la temática del perdón, una categoría central para el teólogo que se doctoró con Johannes Baptist Metz. Siguiendo a Jankelevitch, es un don, no una exigencia. Mate toma al pie de la letra a Hannah Arendt y piensa su máxima hasta el final: el perdonar regala libertad (*Vergeben schenkt Freiheit*). Con esta idea del perdón en mente, para el autor no es suficiente una tregua para solucionar la problemática de la víctima. Tampoco lo podría ser ni siquiera la disolución de ETA. Para avanzar hacia esa solución, Mate sugiere repensar en profundidad la relación entre violencia y política. Es en este aspecto que la relevancia de su libro traspase incluso el problema del terrorismo en España.

Sin duda su definición de la víctima también deja tras de sí cuestiones abiertas y preguntas no respondidas, por ejemplo en lo que concierne a su necesidad de protección, que se desprende de su inocencia constitutiva. Aun como defensa frente a los amenazantes intentos de apropiación políticos e ideológicos, hay que evitar que ésta incapacite a la víctima para su propia emancipación. ¿Se puede reclamar justicia en nombre de y en lugar de la víctima? Las dudas que la teoría no sabe disipar por completo vienen a ser dirimidas sin embargo por el

complemento de esta perspectiva teórica realizado en los capítulos segundo y tercero. Un gran mérito del libro es justamente el conectar reflexiones teóricas con el análisis social y los requerimientos de una filosofía práctica (es decir, ética). Así, el segundo capítulo problematiza el carácter modélico de la transición española, fundada en su momento sobre un pacto de silencio y retrata como contramodelo las comisiones de la verdad, que en Argentina, Chile y Sudáfrica han contribuido a la superación de los crímenes pasados. Luego, en el capítulo tercero, Mate deriva propuestas concretas de su representación de la víctima: una política de los lugares de la memoria respecto a los sitios donde se han cometido atentados; exposiciones permanentes sobre una sociedad que ha estado y está bajo influencia del terrorismo, o – dentro de lo posible – la reparación legal del daño en forma de leyes (“Ley de la Solidaridad”) a los que han sufrido violencia.

Finalmente, la segunda parte del libro, titulada “Debate”, es la transcripción de una discusión que tuvo lugar en Madrid gracias a la iniciativa de la *Fundación Alternativas*, y en la que participaron con Reyes Mate políticos, catedráticos, periodistas y víctimas – todos ellos afectados por el terrorismo, testigos de su larga historia o consternados por la misma. Teoría y vivencia producen chispas de la manera más productiva: emerge como cuestión primordial la pregunta por el camino que puede llevar a la reconciliación en el País Vasco. Dadas las posturas endurecidas en el conflicto vasco-español uno reconoce de inmediato el valor del documento que tiene ante sí. Para tal polifonía, tal disposición a la confrontación sincera, los medios de comunicación no suelen ofrecer plataforma. El debate, llevado a cabo con gran intensidad por sus integrantes, muestra claramente dónde están las heridas aún por cerrar y cómo se lucha de hecho por el fin del terror. En él se trata tanto el papel del Estado de derecho como la problemática politización de las asociaciones de víctimas. Los participantes coinciden en la necesidad de guardar el terror y la violencia en la memoria - a pesar de la inclinación tan humana a “olvidar” o, mejor dicho, suprimir recuerdos dolorosos. Esto no excluye que haya personas que en el debate muestran su escepticismo frente a los planteamientos teóricos de Mate acerca del perdón. Según éstos, el objetivo, cierto que más modesto, solamente puede ser contrarrestar la violencia y ponerla bajo control. La curación mediante el perdón sólo sería posible en el mesianismo religioso. La reproducción del debate documenta efectivamente en determinadas intervenciones el malestar causado por la transición fluida entre política, ética y religión. Así ocurre en el alegato de un participante a favor de una convivencia lograda, aunque no del perdón: *convivencia* en vez de *perdón*. Mate en cambio, bajo la influencia de Walter Benjamin, insiste como filósofo y como ético en un “lenguaje excesivo” para expresar la cualidad completamente *distinta* que aparece con el

perdón: un lenguaje que ciertamente actúa como un cuerpo extraño en el contexto del realismo político español, pero que justamente por eso anuncia un potencial oculto para la paz aún por alcanzar en el País Vasco.

En este salto que Mate da con su referencia al contenido, en verdad utópico, del perdón se muestra precisamente, ante el trasfondo del debate en cuestión, la soberanía de su contribución: con *Justicia de las víctimas* tenemos un libro que quiere incidir en el proceso social de formación de opinión, sin renunciar por ello a una estricta fundamentación teórica y ética.

Linda Maeding